

# El chatarrero

*El metal viejo, el plomo viejo, las camas viejas, el hierro viejo  
cooomprooo, hieerro viejooooooooooooooooo;*

Arrastrando la última “o” tal como arrastraba su destartalado triciclo sin pedales ni cadena, producto de desgüace adquirido probablemente en una de sus transacciones chatarreriles con algún taller de velocípedos, avanzaba el chatarrero penosamente, sudoroso el cuerpo, la voz rota, y las manos corticheadas de trastear con los afilados materiales, haciendo largas paradas y caminando espacios más reducidos, cuanto mayor era la carga sobre su vehículo.

No pocas veces el exhausto vendedor se veía obligado a echar un sueñecito reparador, casi siempre a la sombra de las acacias y cerca de alguna tasca, para enjuagarse el gahnate y poder seguir tirando de su carromato.

- ¿Cuánto me da usted por esta cama?

- Mira, hoy me has cogido generoso. Además, que casi no he comprado nada y no quiero irme de vacío; te voy a dar cinco pesetas.



- ¿Un duro?, ¿pero qué dice hombre? Si más de un duro vale sólo el hierro de las guarderas, que hasta el moro paga a peseta el kilo de hierro si está limpio, ¿y las perindolas del cabecero solamente ya pesan casi otro tanto y el metal está a ocho pesetas? Ande, ande, ya se puede usted marchar, que hoy no hacemos negocio.

- Bueno, y si tan puesto estás en lo que vale cada cosa ¿porqué no se la llevas al moro?

- Usted lo sabe igual que yo; porque su báscula es mágica. ¡Fíjese que mi hermano pesa en ella nada más que 8 kilos, con lo hermosote que está!

- Bueno, chaval, voy a darte por ella dos duros, pero ni una chica más. ¿Hace?

- Hace... porque no tengo con qué llevarlo hasta San Bernardo, que si no...

- Venga, échala al carro mientras cuento el dinero.

Cuatro calles más arriba, el chatarrero vuelve a parar y echa su pregón. Una viejecita se acerca con un saco repleto de menudencias, y al ver una cama igualita a la que tuvo su abuela, se le cambia la cara. El vendedor, que la observa, disimula estibando la mercancía y estipulando el precio mientras espera la pregunta.

- Eh, oiga, ¿Cuánto quiere usted por esa cama de ahí?

- Bueno, es que en realidad no está a la venta. He pagado por ella un ojo de la cara porque me la quiero llevar a casa. Hace mucho tiempo que estaba esperando que me entrara algo así.

- ¡Ande usted!- No diga más tonterías para aumentarle el precio, que conozco a los de su ralea. ¿Cuánto quiere?

- Que no, que no señora.... Que mi mujer está antojada por una cama de éstas y como se entere que he tenido una en mis manos y la he vendido, vamos a tenerla.

- ¡Venga ya! ¡Pero si es usted soltero, si no lleva alianza!

- Porque está la cosa muy mala y he tenido que empeñarla.

- Si claro, y le han cogido también en el Monte la señal del dedo, porque son compañeros inseparables.

- Señora...., señora... que se me está acabando la paciencia. A ver, qué trae usted ahí.

- Unas cuantas minucias: un par de grifos, unas tuberías de plomo... Algo para que me dé por todo cuatro o cinco pesetas. Pero acabemos de una vez con lo otro. ¿Quiere usted por la cama veinte pesetas?

- ¿Pero qué dice usted, señora? ¿Tengo yo cara de rey mago? ¡Si he pagado por ella cerca de ocho duros! En menos de sesenta pesetas, ni hablamos.

- Pues yo más de nueve duros no le doy, así que usted dirá.

- Bueno, para entendernos – y conste que pierdo dinero-, me da usted los nueve duros y las cuatro cosillas del saco.
- Vale, pero habrá de subírmela a casa y montarla.
- Trato hecho.

Aquél día hubo parada y fonda en la tasca de la esquina, y tras la celebración, larga siesta y esos por un tubo con el carro casi vacío entre las manos. Menos mal que en esa época todavía no habían inventado el carnet por puntos.



Este oficio, tan abundante entonces que nada se desechaba si podía dejar aunque fuera unas perras, y hasta los chavales recorríamos campos y solares en busca de metales, latas y botellas, y vendíamos para sacar unos cuartos con los que comprar estampas o chucherías, casi había desaparecido. Sin embargo, últimamente se ha visto incrementado el número de personas que se dedican a esta actividad, pues a causa de la droga y la marginación, vuelven a verse multitud de indigentes que recogen pequeña chatarra en carritos de hipermercados. También sigue existiendo el pequeño industrial que, cambiando con los tiempos, ahora dispone de un pequeño camión o de una furgoneta. Lo que han cambiado son las formas. Ya no tienen necesidad de comprar, puesto que todo se tira. Sólo deben recorrer solares baldíos, contenedores y cubas para buscar en ellos el material. Sin embargo, también he visto últimamente, por el centro de Sevilla, a un chatarrero a caballo entre las dos épocas. Y digo a caballo porque, en su porte y su herramienta de trabajo (un viejo triciclo desvencijado con doble techo de somier) se corresponde con el de mi niñez, pero su pregón, casi idéntico al descrito al principio, lo hacía a través de un megáfono.

Compraba de todo, pero su objetivo, lejos de la chatarra, era la cacharrería antigua y los viejos objetos de decoración de los que llevaba no pocos en el triciclo: lebrillos de gazpacho, botellas antiguas, sifones,

lámparas, maceteros, percheros... etc. Que luego venderá por antigüedades en “El Jueves”, haciendo creer que procedían de palacios abandonados, y pidiendo por ellos una considerable suma, para rentabilizar sus largas horas y sus muchos paseos bajo el tórrido sol sevillano. Y es que... en el fondo, tampoco han cambiado tanto las cosas.

## ACTIVIDADES

- 1.- ¿Qué pregonaba el chatarrero?
- 2.- ¿Cuál era el vehículo que utilizaba?
- 3.- ¿Por qué tenía las manos corticheadas?
- 4.- ¿A qué se veía obligado algunas veces?
- 5.- ¿Cuánto ofrece el chatarrero por la cama?
- 6.- ¿Por qué la mujer no le vende la cama al moro?
- 7.- ¿Por cuánto compra la cama al final?
- 8.- ¿Por qué se da cuenta la anciana que el chatarrero nunca ha llevado alianza de casado?
- 9.- ¿Qué llevaba la anciana en el saco?
- 10.- ¿Qué dinero ofrece la señora por la cama?
- 11.- ¿Por cuánto se la vende el chatarrero?
- 12.- ¿Qué beneficio sacó el chatarrero?
- 13.- ¿Qué homenaje se dio éste después de vender la cama?
- 14.- ¿Para qué buscaban los chavales metales, lata y botellas?
- 15.- ¿Por qué ha aumentado el número de personas que se dedican a esta profesión?
- 16.- ¿Qué ha cambiado en la actualidad?
- 17.- ¿Qué objetos llevaba el chatarrero que el autor vio en el centro de Sevilla?
- 18.- ¿Dónde venderá esos objetos?